



HOMENAJE A GARCÍA PAVÓN

YA NO ES MAÑANA

La lealtad

Francisco Gómez-Porro

Aquí, a La Mancha, almendra de “la España quiñonera”, llegó tarde. Tal vez porque aparte de su pueblo, de ese Tomelloso al que uno de sus personajes califica con dulce ironía de “democracia agrícola”, lo demás no era una democracia, y lo que tenía de agrícola era sólo el producto de una sociedad injusta, basada en la dudosa épica de vivir unos a costa del hombre y de su paisaje, y de sobrevivir con estoica conformidad casi todos.

Gracias a la televisión, La Mancha compareció ante los españoles pasmada en un presente inmutable, fiel reflejo de esas vidas de pueblo, “vidas quietas como lagos” a las que un crimen, un robo o una catástrofe sacaban de su letargo. Pero la televisión que metió su mundo rural dentro de las casas, la sacó de la calle desde la que García Pavón había escrito su obra, y todo el color local que aportaron las imágenes se diluyó por la ausencia de las palabras que apuntalaban lo esencial de una realidad viva. Entró por lo pintoresco de unas situaciones que en la España del despegue económico, de la industrialización, de las grandes oleadas migratorias del campo a la ciudad, de la contestación obrera y estudiantil, de los juicios sumarísimos y del enfrentamiento en el seno del gobierno entre tecnócratas y azules, tenían mucho de crónica indefectible de nuestro atraso, de centón caduco de vidas y vivencias que formaban ya parte del pasado que se pretendía clausurar.

El espaldarazo televisivo fue la cara amable de una moneda que tuvo su cruz en la falta de una lectura honrada. Sobre todo, de quienes en su propia tierra pudieron haberla hecho, en la calle y en las aulas, y no la hicieron. Eso por no hablar de la crítica literaria que le puso al lado de los escritores llamados tradicionalistas como Wenceslao Fernández Flórez o Miguel Delibes, frente a los renovadores o experimentales como Alfonso Grosso o Luis Goytisolo. Flaco favor que, en lo sociológico, se vio incrementado por la censura de aquellos que no le perdonaban su literatura comprometida con la memoria histórica de la República, sus simpatías por los vencidos y el transfondo de esos personajes que, como Plinio, afirmaban sin rebozo que “debe de ocurrir ahora algo muy malo para que se pongan los curas al lado de los pobres”. Otros, cuya única aspiración consistía en negar el pan y la sal a todo lo que no luciera el marbete de producto manipulado por la conciencia antifranquista, argumentaban paladinamente que tras ese deseo explícito de muchos personajes de “hacer una revolución para volver a las cosas sencillas”,

el buen vino y el pan honrado, había mucho de canto egoísta a una Edad de Oro que, para escapar del presente, escondía la cabeza bajo el ala de un horaciano vivir la vida, apegado al terruño consolador.

Hasta aquí lo que quiero decir es que García Pavón representa en su tierra y fuera de ella al típico escritor que a su muerte todo el mundo da en decir que hay que releerle, sin haberlo leído nunca. O habiéndolo hecho muy parva, cicatera y ladidamente. Como Azorín, ha corrido la suerte de ser conocido y reconocido, premiado y celebrado, en un tiempo dado, lo cual no impide que sea un perfecto incomprendido para casi todos, en todos los tiempos.

En Castilla-La Mancha, el diagnóstico es nítido: no se le comprende porque se le ignora. O no se le aprecia lo suficiente porque esta región, que hoy mismo padece el hecho diferencial de ser la región española con el mayor porcentaje de personas ocupadas con menor cualificación, no pudo llevar a cabo su proyecto histórico de progreso por falta de posibilidades reales de educación para sus habitantes. Como dice Braulio, el filósofo, cuando habla de la emigración que convirtió a los viejos gañanes en albañiles extraditados en Madrid: “Son la mano de obra —casi gritó Braulio rascándose el mentón—. Y está bien dicho lo de mano, porque sólo sus manos necesitan. No hay por qué coño darles casa ni jornal ni educación para los hijos, porque de estos pobres sólo se necesitan sus manos. Su `mano de otra´. Lo demás, qué leche da. Si las manos se les quiebran o son lentas, se cambian por otras manos”.

Éste es un aspecto fundamental para entender a García Pavón, pues en todo lo que su obra tiene de restauración del pasado, ese fervor proustiano por nombrar las fuentes de la dicha mediante el lenguaje castizo y la narración de los entresijos comunitarios de su pueblo, alienta esa pretensión de dignificación de su tierra, que, en lo íntimo, también es un conjuro contra el propio desarraigo. Un dar cuenta de fracasos y carencias, de inventariar las cosas, de testificar su presencia, precisamente por la amenaza que corren de desaparecer ante la falta de testimonios.

Ya en una conferencia titulada *Hacia un concepto de la personalidad manchega*, pronunciada por el autor en Daimiel a finales de los años cuarenta, es decir, en sus primeras prosas, reaccionaba frente al mancheguismo hiperbólico que exalta la tierra “hasta alturas peligrosamente irreales”, a la vez que

“Todo el mundo es de Dios. Las fronteras de la cabeza y de la geografía, las alambradas nacionales las va derrumbando el carajo, a Dios gracias. Los últimos nacionalistas del mundo se mueren añorando un pintoresquismo miserable. Los orgullos de raza y de pueblo han pasado como una broma funesta... Se vaciaron los campos para irse a dar la mano a los que viven y sienten al otro lado de este mapa. Entre Cinco Casas y Tomelloso otra vez el silencio de la mano de Dios.”



José Luis Cabañas

denunciaba el aislamiento histórico y cultural, y la necesidad urgente de hombres “que sacudan su timidez y olvidándose un poco de sus asuntos privados se interesen por los públicos, y con su influencia y poder atraigan hacia nosotros los ojos de los gobernantes de la Historia futura”.

Desde sus balbuceos como escritor, García Pavón fue consciente de la estrecha relación existente entre la ausencia de una tradición cultural a la que agarrarse y la falta de una política democrática, que atendiera a las necesidades educativas de los más desfavorecidos. Años más tarde, cuando del tabladillo de su memoria había conseguido extraer todo el material necesario para crear un mundo propio, lo escribirá con más lucidez y desparpajo: “A La Mancha nadie le ha hecho caso en su puñetera historia. Valió para lo que valió en su tiempo. Fue criada y mandadera entre los cuatro puntos cardinales de España, y ahora la quieren dejar como solar, como campo que produzca sí, pero administrada desde lejos”.

Este intento de reformulación social de la vida rural manchega mediante la reflexión literaria sobre esa Castilla de abajo que “nos ha hecho a los españoles tan raros”, aparece en *El reinado de Witiza* (1968), primera del ciclo de novelas que tiene como protagonista a Plinio, el Jefe de la Policía Municipal de Tomelloso, y se verá incrementado en las sucesivas obras,

El rapto de las Sabinas (1969), *Las hermanas coloradas* (1970), hasta alcanzar a algunas cuyos argumentos no son ya más que el rebozo para contar y reivindicar esa intrahistoria, como es el caso de *Voces en Ruidera* (1973).

Tuvo el acierto de situarse ante el pasado como ante un gran holocausto de cosas mínimas y esenciales, pero sin utilizar la historia como un pudridero. Consciente como castellano y manchego de que “toda nuestra historia es un calambre de necesidades”, presentó una batalla ilustrada, pacífica, llena de aspiraciones legítimas de progreso educativo y social para su tierra, de valoraciones estéticas sobre nuestro patrimonio y nuestro paisaje. Hizo el esperpento afable de una provincia “muy jodida”. Puso, como quien dice, a los héroes clásicos no ante el espejo deformante del Callejón del Gato donde Valle-Inclán cinceló el esplín miserable del idealismo urbano, sino el otro, reformante, de la llanura, que todo lo iguala desde su semejanza con el cielo.

Y eso es lo que hace que cuentos, narraciones y novelas sean hoy documentos vitales, a falta de mejores testimonios, de una cierta vida rural durante el siglo XX, centrada en un lugar de La Mancha que él metió en el hondón de la literatura culta española. En realidad, lo que hizo con gracia inimitable fue alumbrar una Castilla nueva. Nueva por su lenguaje, por su

carácter, por sus costumbres. Una Castilla que había quedado al margen del mito castellanista diseñado por los hombres del 98, y que no podía encontrarse cómoda en el perfil de la España negra, siempre a vueltas con sus demonios. La peculiar textura de su narrativa pone en solfa esa persistente tradición cultural que viene de Unamuno y alcanza su cota más expresiva en aquellas palabras de Ortega en el sentido de que lo castellano “ha aceptado la sequía ambiente por sentirla afín con la estepa interior de su alma”. Nada más lejos que este ascético vacío, trasunto moral de lo castellano de La Mancha. El género policíaco le proporcionó la falsilla para trazar los límites de una emoción: la de sentirse parte de una comunidad de hombres, a los que conocía, y de un paisaje que en el conjunto de su obra suma una abundante corona de hermosas y poéticas páginas.

Y fue ese impulso cordial, esa lealtad insobornable a “lo suyo”, lo que hoy se nos presenta como el trasfondo de una realidad castellana sin dramatismos, una arqueología emotiva de aquello que debería haber hecho a los hombres más felices en su lugar de origen, y que por eso mismo nos invita a seguir leyéndole hoy, casi diez años después de su muerte, a adentrarnos en los pliegues de una memoria completa, que es también, esperanzada, la nuestra. □